

Amar pelos dois

honeyboo



Capítulo 1

Amar pelos dois

«Hazme un favor, y dile que habéis sido mi todo. Que eres mi todo. Y ella también».

Capítulo 2

12 de febrero de 2017

«Querida Emilie:

la verdad es que no sé cómo se hacen estas cosas. ¿Se supone que arriba tengo que indicar la fecha o cómo funciona esto? -12 de febrero de 2017-, llevo mucho tiempo sin enviar correspondencia y de todas formas, en los tiempos que corren, los chavales preferís utilizar los móviles antes que lo más tradicional que son las cartas.

No te envió esto para que sientas pena por mí ni nada de eso. Quería hablarte después de tantos años de no contactar, simplemente. Debes estar pensando que soy un loco. Lo siento. La edad no se le da bien a nadie, vaya. Sé que el mes pasado fue tu cumpleaños, pero no pude felicitarte. Igual que en la última década. No te estoy echando nada en cara, te entiendo completamente y no te culpo. Creo que soy el peor padre que cualquiera podría tener. Sé que has esperado durante mucho tiempo por esta disculpa -o eso o realmente ya no te importa- y ahora te voy a decepcionar porque nada de lo que diga va a poder solucionar el daño que te hice. Por cierto, felicidades. Bueno, eso debería ponerlo arriba. Bah, a quien le importa, ¿no?

Yo... joder. Se hace mucho más difícil cuando lo escribes de verdad. ¿Qué tal está tu madre? escuché que tuvo un fallo renal hace un tiempo. Espero que se haya recuperado. Ella siempre tuvo una gran salud. Ojalá lo hayas heredado tú también.

Creo que me estoy yendo por las ramas. Me encantaría que leyeras esto, no sabes cuánto.

Te quiere, papá.»

Capítulo 3

23 de abril de 2017

«Buenos días, Emilie:

ni siquiera te imaginas lo alegre que me puso leer tu contestación. Ya estaba convencido de que no me harías caso.

Y no te preocupes, respetaré tu decisión de comunicarnos solamente por carta. Para mí, con que hablemos, es suficiente. Ah, también fue una gran noticia escuchar que Anna había mejorado, de verdad.

Me temo que esta será una respuesta corta, ya que en mi vida no ocurre nada que no ocurriese hace 10 años. Casa, clase, casa, clase. Pero vamos, quiero que me cuentes sobre la tuya. Sobre qué hiciste con tus estudios, si te enamoraste, si has viajado. Eres mi hija, ¿por qué no iba a querer saber eso?

Pero, más importante, ¿estás segura de que quieres saber quién es Salma?

Te quiere, papá.»

Capítulo 4

04 de marzo de 1983

«Hola, Emilie:

comienzo a pensar que estas cartas son solo un contexto para seguir culpándome por lo que hice. Pero, ¿sabes qué? creo que de verdad necesitas saber quién es ella. Has vivido 17 años de tu vida sin tener ni idea de por qué te abandonó tu padre. Ya es hora de que asuma las consecuencias.

Verás: yo nací en Seattle, igual que tú. Eso ya lo sabes. El Seattle de 1967 era muy parecido al de hoy en día. Bueno, ya me entiendes. Sabes a lo que me refiero. Tus abuelos siempre fueron muy abiertos y constantes conmigo. Debí habértelos presentado alguna vez. Me crié en un barrio de gente que se quedaba allí toda la vida. Me hice un grupo de amigos y con ellos comencé la que sería mi temprana vida en el mundo de los adultos. Cuando entré al instituto, era un pardillo con gafas y corbata.

Cuando cumplí los dieciséis años, me afeité por primera vez, pero también fue el año de mi primer enamoramiento y en el que comenzó todo. 1983. Ah, quién pudiera volver a 1983.

Comenzaba a cursar la recta final y, tal vez, ese sería mi último año en aquel instituto. Deseaba aprovechar al máximo.

A finales del invierno del ya mencionado 83, entró al colegio una chica que venía de intercambio. Se llamaba Salma y era mexicana. Llevaba un vestido verde que combinaba perfectamente con su piel dorada y sus ojos castaños. La vi entrar por la puerta, con la mochila entre los brazos y escurridiza como un ratón perdido. Se me cayó el alma a los pies cuando escuché su voz por primera vez, temblorosa pero suave como un viento de octubre. Me estoy yendo con las comparaciones. La cuestión es que era hermosa. Verdaderamente hermosa.

Mis amigos pronto se interesaron por saber más cosas sobre México y su intercambio. Yo solo deseaba saber sobre su nombre y sobre las cosas que le gustaban, sobre cómo podía impresionarla. En secreto, claro. De todas formas, mi cuadrilla se dio cuenta enseguida de que algo me pasaba y simplemente ataron cabos. Me estuvieron animando durante casi dos meses en los que entablamos una relación amistosa para que le pidiera una cita seria. Y por fin, un sábado de mayo, le pregunté si querría salir conmigo al cine a ver *psicosis II* (*). Ella dijo: «claro, si prometes no tirarme las palomitas encima». Sospeché que tuvo más citas a lo largo de

aquellos dos meses.

¿Sabes? aquella tarde esperando la hora a la que habíamos quedado, se me hizo eterna. Jamás me había puesto tan nervioso para quedar con una chica. Bueno, yo no era popular. No era un jugador de fútbol ni tampoco un sobresaliente en ciencias. No había forma alguna de que siquiera pudiera destacar entre la multitud que era mi clase. Quería impresionarla pero no sabía como, así que simplemente dejé que todo fluyese y tal vez conté un par de chistes malos para suavizar un poco el ambiente. Ella los tragó con amabilidad e incluso se rió de vez en cuando. Una risa fuerte y escandalosa, no de esas discretas que te hacen sentir como que estás siendo engañado.

Cuando se acabó la película y esperé a que me diera puerta y me dijera que no podíamos ser más que amigos, se acercó a mí, me cogió la mano y dijo: «James, has sido la mejor compañía en mucho tiempo. Me gustaría que volviésemos a quedar, ¿a ti no?». Casi se me paró el corazón.

Me gustaría seguir contándote la historia en otra carta, más adelante.
Poco a poco, Emilie.

Te quiere, papá.»

(*) no estoy segura de en qué época del año del 83 se emitió Psicosis II en los cines, pero bueno, hagamos como que fue a principios de mayo.

Capítulo 5

07 de junio de 1983

«Buen día, Emilie:

no te entiendo. No entiendo por qué tanta insistencia. Pensaba que te heriría que te hablara de ella. En fin. Si ese es tu deseo, pues seguiré relatando.

¿Por dónde iba? la primera cita. Fue un éxito inesperado. A partir de esa, salimos muchas otras veces. Muy al principio no sabíamos bien como definirnos, pero una de las tardes en las que nos habíamos reunido con la cuadrilla, alguien dijo: «James, dile a tu novia que me pase el balón». Ella me miró, y esa misma noche le declaré mis sentimientos e intenciones. Aceptó sin pensarlo.

Y entonces fue cuando comencé a conocer a la verdadera Salma. La Salma que adoraba los peces y pintaba cualquier cosa que se le viniese a la cabeza. Cantaba las canciones de la época mientras paseaba su pincel por un pequeño lienzo y yo la miraba embelesado durante horas. Esos fueron nuestros primeros meses. Y luego se acabó el curso y ella volvió a México.

Estuvimos mucho tiempo sin saber qué hacer con nuestra relación. Es decir, yo tan sólo había cumplido los diecisiete años pero había algo en ella que me empujaba a querer más. A desear verla, tocarla, besarla, decirle que era hermosa, a verla pintar por las tardes y que me enseñase sus obras cada vez más maestras, a escucharla tararear horribles canciones que sólo ella podía convertir en divertidas, a que se riera de mis caídas y a reírme yo de las suyas. Yo quería estar con ella solamente. Todos piensan que el primer amor no se olvida nunca, pero nadie lo sabe a ciencia cierta hasta que lo experimenta en sus propias carnes.

Pasados unos meses de intermitente distancia, por fin recibí una noticia que me hizo increíblemente feliz: Salma se mudaría a Seattle. ¿Era posible el destino pudiese unir a dos personas de aquella forma si no fuera con alguna finalidad?

Comenzó de nuevo el año escolar, y yo decidí quedarme en el mismo instituto. Lo odiaba, pero allí estaba Salma, así que lo hice por ella. Aquella vez, fue mucho más distinto. Era una chica muy diferente a cuando la había conocido. La volví a ver entrando a las puertas del instituto, no llevaba la mochila entre los brazos ni el rabo entre las patas. Tal vez fue porque Salma nunca había sido realmente tímida. Lo único que

sé es que comenzó a ser mucho más responsable.

Se me está haciendo algo tarde cariño, y quiero enviar esto hoy. ¿Te parece si sigo en la próxima carta?

Te quiere, papá.»

Capítulo 6

23 de febrero de 1984

«¿Qué tal tu vida, Emilie?

me siento contento de saber que te va bien con tu trabajo en el hospital. Jamás pensé que mi hija se convertiría en cirujana. Estoy orgulloso de ti, ¿sabes? aunque no te importe mucho.

El otro día recibí el comunicado de que podía tomarme la semana libre, pero no sé por qué no me da buena espina eso. ¿Debería preocuparme?, el caso es que están habiendo muchas de estas semanas libres para los profesores este último mes.

¿Quieres que siga contándote sobre Salma y mi década de los ochenta, verdad? cumpliré tu deseo.

Hoy sí que recuerdo bien por dónde me había quedado: su vuelta a Seattle. Como te dije, ella ya no era esa callada chica de intercambio que a penas conocía el idioma. Era una chica que sobresalía entre todos y me hacía sentir como el tonto acompañante. Bueno, me contenté con ese puesto durante algún tiempo, porque la quería y quería verla feliz.

Finalmente llegó el día de su cumpleaños y su familia me invitó a una cena en su casa. Estaba tan -pero tan- nervioso, que casi derramo el líquido de mi copa varias veces. Su padre fue cálido conmigo, mientras que su madre mantuvo una tela de tensión y desconfianza entre nosotros. Esa tela se la pasó a Salma y, con los meses, apenas hecho el año de relación, comenzaron las grandes discusiones. Sobre sus padres, sobre los míos, sobre su futuro, sobre el mío. Nuestros caminos se separaron lentamente y yo siquiera fui capaz de verlo.

Luego su padre sufrió un infarto y pereció a lo largo de una larga tarde de otoño. Sufría una enfermedad del corazón y no lo soportó. Salma quedó destrozada.

Fui bastante iluso y me auto-convencí de que era un bache y de que podríamos salir adelante, hasta que una tarde de principios de 1985 me llamó para decirme que teníamos que hablar sobre algo importante. Yo fui tonto y acudí como si de una salida más se tratara. Ella me partió el corazón y aseguró que, aunque lo nuestro no había funcionado, quería que siguiésemos siendo amigos. Me lo creí y me lo creí tanto...

La temporada siguiente, la vi rondar con varios chicos de la escuela. Estaba celoso y sentía envidia de ellos, pero a fin de cuentas, ¿quién era yo para recriminarle nada? ni siquiera estábamos saliendo, ella tenía todo

el derecho. ¿Si ella podía, por qué yo no?

El baile de primavera llegó para todos y yo fui con una chica llamada Anna Rogers. Tu madre. Ella estuvo también muy hermosa, con su flequillo rubio todo rizado y los tirantes azules de su vestido con lentejuelas, realmente brilló. No tuve ojos para ninguna otra en toda la noche.

Bailamos hasta que todo el salón se quedó vacío y luego la llevé a mi coche. Una cosa llevó a la otra y acabamos en un gran lío. Estoy seguro de que no quieres oír los detalles, hija.

Te quiere, papá.»

Capítulo 7

20 de junio de 1985

«Hola, Emilie:

al fin puedo escribirte. No he tenido mucho tiempo últimamente porque me equivoqué la otra vez: no me han despedido, pero tuve mucha tarea en clase. Bendita jubilación, a ver si llegas pronto. Bueno, tampoco soy tan mayor.

Me entristeció mucho leer tu carta. ¿Por qué me pides que te hable de Salma y luego me dices que pare, que no quieres seguir sabiendo más de la historia? ojalá pudiese respetar tus deseos esta vez, mi niña, pero no quiero seguir viviendo en esta mentira más tiempo. Incluso si no me contestas más, al menos, quiero que sepas qué me llevó a hacer algo tan inconsciente y doloroso como lo fue dejarte.

Así que seguiré.

Prácticamente verano del 85. Anna Rogers llamó al teléfono de casa y quedamos en encontrarnos cerca de un café de su barrio. Cuando acudí, me la encontré llorando. Y, a partir de aquí, voy a serte totalmente honesto en cuanto a nuestros sentimientos de aquel entonces.

Ella dijo: «James, estoy embarazada».

Mi mundo casi se derrumba. Apenas tenía 18 y ya se me caían encima las responsabilidades de un adulto de 30. ¿Qué haría yo con mis estudios?, ¿qué haría yo... con Salma?

Pregunté: «Annita, ¿estás segura?, ¿has ido al médico?». Asintió. Se lo había contado a sus padres.

No puedo describir con palabras cómo me sentí en aquel momento. Aterrorizado, desubicado. Como si hubiese aterrizado en un planeta desconocido al mío, totalmente solo.

Poco después, sus padres hablaron con los míos y llegaron a un triste y seco acuerdo. El bebé nacería -por decisión de Anna- y yo habría de pagarle la manutención. Pensé que, con eso, solucionaría de una vez por todas aquello que me carcomía la cabeza y los sentimientos. Qué equivocado estaba.

Cuando veía a Anna por los pasillos de instituto, siquiera podía mirarla. Ella estaba enamorada de mí -tenía clara constancia de aquello- y portaba en su vientre al que sería nuestro hijo. Sentía pena y un anhelo que

comenzaba a arrebatarme los sueños y pesadillas. ¿Podría yo realmente ser feliz sabiendo que era padre de un niño de quien jamás me había preocupado? la respuesta llegó tan clara a mi cabeza como a mi corazón. Estaba seguro de que apreciaba a Anna, pero todavía más de que, ciertamente, quería al bebé. Lo quería como parte de mis entrañas, de mi cuerpo, de mi ser. Una noche próxima a mediados del embarazo, cuando ya se le comenzaba a notar mucho más la barriga, la atrapé y le saqué el anillo más barato que pude conseguir con mis cortos ahorros. Me miró emocionada y se me tiró encima, en un abrazo que correspondí, entre aliviado y aterrado.

No sé si puedo seguir relatándote ahora mismo.

Te quiere, papá.»

Capítulo 8

17 de agosto de 1985

«Querida Emilie:

¿ha pasado un tiempo, no? no he recibido ninguna respuesta tuya. Tal vez, ya me lo imaginaba. Estoy forzando mucho las cosas, lo sé. Pero no puedo evitarlo. Eres y siempre serás, lo más importante de mi mundo. Quiero que lo sepas todo.

Y todo empieza, esta vez, a finales del verano de 1985, cuando Anna y yo ya nos habíamos comprometido.

Estaba con la cuadrilla tomando unas copas, cuando la vi entrar. Salma estaba de la mano de un joven con el que compartía clases, y se sonreían mutuamente.

La miré y ella también me miró a mi. Decidí seguir la conversación con mis colegas y no distraerme de mi recién adquirida estabilidad, pero ella siguió con los ojos clavados en mi dirección. No paró en toda la noche, incluso cuando su acompañante tuvo que marcharse, ella rechazó su compañía para la vuelta a casa. Se quedó allí en el bar, repitiendo copas hasta que me despedí de los amigos y salí por la puerta del local. Me siguió y me atrapó en el aparcamiento.

«James» llamó. Oír mi nombre de su voz fue un duro golpe para mi corazón. Todavía me dolía verla con otros. Me dolía tanto cuando por las tardes pensaba en su rostro concentrado mientras retrataba un vibrante paisaje de playa, o cuando me acordaba de su risa escandalosa. Salma me seguía doliendo y reviviendo como la primera vez que la vi, con su vestido verde. Sus manos atraparon mi rostro y su boca capturó mis labios. No me dejó marchar, me empujó a la parte trasera del establecimiento y allí me dijo mil y una veces lo muchísimo que me extrañaba y que no era capaz de pasar un día sin recordar los tiempos que vivimos.

Y, sinceramente, yo tampoco.

Pensarás que soy un irresponsable, un mal hombre, pero Dios, todavía estaba enamorado de ella. Enamorado de la persona incorrecta. Cuando se despidió de mí aquella noche, supe entonces que muy probablemente mi corazón nunca se olvidaría del nombre de la chica, por mucho que Anna Rogers se convirtiera en mi esposa. Porque no lo dudaba. Si tuviese que elegir entre Anna y Salma, elegiría a Salma. Siempre a Salma.

Lo siente y te quiere, papá.»

Capítulo 9

27 de diciembre de 1985

«Hola, Emilie:

sigo sin tener noticias tuyas. Extraño tu caligrafía. Tu forma acompasada de hablar -escribir-. Pero te respeto.

Y espero que regreses a escribirme alguna vez. Siempre serás bien recibida.

El seis de enero es tu cumpleaños. Siempre me acuerdo aunque nunca pueda felicitarte. Semanas antes de tu nacimiento, estaba yo tumbado en mi cama, con Salma. Nos habíamos acostado, claro que sí. Jamás podré negarlo. Engañé a tu madre muchas veces, porque soy y siempre he sido un cobarde. Ahora me arrepiento tantísimo de no haber sido sincero con ella, porque Anna es una mujer honorable y jamás se mereció aquello. No tengo excusa.

Desde aquella noche en el bar, Salma y yo volvimos a retomar nuestros lazos. Descubrí la cantidad de dibujos y retratos que me había dedicado cuando no me daba cuenta, descubrí las veces que ella me había llorado y me descubrí a mi mismo encontrando la felicidad entre sus brazos. No estaba completo hasta que la veía a ella. Ni Anna, ni su embarazo, ni la cuadrilla, ni los estudios. Nada ni nadie, salvo Salma. Su nombre se estaba enterrado más y más bajo mi piel y yo, tonto de mí, nunca hice nada para evitarlo hasta que ya fue demasiado tarde.

El 6 de enero de 1986, recibí una llamada del padre de mi prometida.

«James, estamos en el hospital. Ven ya, Anna está pariendo» y jamás olvidé su brutal sinceridad. Cuando llegué, tú ya estabas entre sus brazos. Te miraba y podía ver en sus ojos el mayor amor del que jamás podría ser testigo. Me sentí tan abrumado aquel día, que casi vomito. No es broma. Y luego ella me vio y te extendió, aún respirando con dificultad. Me acerqué y vi tu carita, y tus ojitos, y se me derritió el mundo. Si alguna vez había jurado amor por Salma, todo eso habría desaparecido en aquel instante en el que te miré directamente. Preciosa, y solo nuestra. Nuestra hija. Miedo, terror, pero también algo de reconocimiento. Esa misma tarde llamé a Salma y le dije que teníamos que hablar. Mis palabras exactas nada más vernos fueron: «esta tarde ha nacido mi hija, la que nos une a Anna y a mí. Si alguna vez te has preguntado de qué es este anillo, pues bien, es un anillo de compromiso. Me casaré con ella a finales de año».

Me miró. Se agarró al mueble que tenía a su izquierda con una mano, y la otra la acercó a mi mejilla.

«Ya lo sé», admitió. «¿Piensas que no he notado tus tratos con ella y su familia? no os besáis en público, pero puedo ver que entre vosotros hay algo mucho más fuerte que entre nosotros» habló.

No supe qué responderle.

«¿No estás enfadada?» pregunté.

Ella simplemente dijo: «vivo enamorada de una persona con la que no puedo estar. Cómo quieres que me sienta» y se marchó.

La vi un par de veces más en lo que quedaba de curso, y luego, desapareció. Me enteré por terceros de que había vuelto a su México natal, dejando atrás incluso a su familia (que se quedó en Seattle). Nadie me lo dijo, pero yo supe que se fue por mí. Huyó de mi recuerdo y de mi familia.

Y yo me casé con Anna Rogers y actué como si mi corazón le perteneciese solamente a ella y a nuestra hija, a sabiendas del daño que eso iba a hacerme.

Te quiere, papá.»

Capítulo 10

13 de septiembre de 1989

«Querida Emilie:

tengo claro que revivir esto, para ti, está suponiendo un infierno. Es todo mi culpa. Como siempre. Te prometo que a esta historia ya le queda poco.

Volvamos a Anna, a ti y a mí. El tiempo antes de que entraras a la escuela para infantes, fuimos felices. Lo fuimos en cierta medida. Lo fui mientras pretendía no acordarme de Salma y sus hermosos retratos.

Tu madre y yo apenas discutíamos, producto de su gran fascinación por mi persona y por lo ocupados que estábamos con un bebé a nuestro cargo. A veces pensaba que lo que ella tenía era simplemente una obsesión, pero a medida que la conocía más me daba cuenta de que ella realmente soñaba con formar una feliz vida junto a mí. Realmente no quise decepcionarla. Anna significaba mucho para mí más allá de ser tu madre. Ella significaba la tranquilidad y estabilidad de una relación con las que muchos soñarían, ella era cariño y refugio, hogar y un gran ejemplo de superación cuando consiguió llevar tan bien la reciente maternidad y la búsqueda de trabajo. Para mí nunca fue tan fácil, pero cuando llegaba la noche y estaba deprimido, me bastaba con mirar a mi esposa y las penas se me pasaban porque sabía que al día siguiente lo intentaría más y mejor. Claro que la quería, que la quise. Fue mi compañera durante muchos años. Me dio lo más importante de mi vida: tú. Siempre le estaré agradecido.

Pero cuando las cosas se complicaron y tú empezaste una vida fuera de casa, nosotros comenzamos a distanciarnos. Me di cuenta de que lo único que me había unido a ella fue nuestra hija, y que sin ella no tenía sentido compartir aquella mentira. Me sentí muy mal durante algunos años, cansado y sin sustancia. El círculo familiar era cada vez más ambiguo y apenas tenía fuerzas para darle las buenas noches a tu madre. Tampoco quería seguir engañándola porque ella era inocente.

Creo que fue cuando tenías doce o trece años, casi entrando en el nuevo milenio.

Recibí una llamada inesperada de un número extranjero. Una voz femenina y dolorosamente conocida dijo por la otra línea: «hola, James. Soy Salma. Cuánto tiempo, ¿no?» y mi vista se nubló.

De nuevo los demonios del pasado, de nuevo las inseguridades, y, lo que más me asustó: de nuevo, la incertidumbre de un corazón acelerado.

Hablamos durante todo el día y finalmente quedamos en vernos al siguiente, en una cafetería cercana.

Ella estaba radiante, y preciosa, y un millón de adjetivos calificativos de la misma índole. Con el pelo castaño recogido en un moño, unas gafas de sol y unos pantalones de tela negra acampanados, el jersey igualmente negro de cuello alto y unos aros enormes en las orejas. Me dio la impresión de que se había convertido en toda una mujer de negocios.

Claro que no me equivoqué. Se quitó las gafas y sonrió con suavidad -y algo de temor y remordimiento-: «tenía miedo de saber cómo estarías después de más de 10 años sin saber el uno del otro».

Para mí, aquel día fue como un redescubrimiento del mundo entero. Resultó que Salma estaba de paso por Seattle, para una exposición que realizaba de sus obras. Finalmente ella había conseguido su sueño deseado y yo la admiraba tanto por ello, porque era buena. Buena como no te imaginas. Me invitó a pasarme una tarde por la galería donde estaba expuesta su obra y le prometí ir en cuanto tuviese un tiempo libre.

Cumplí mi promesa. Me escapé del trabajo sin siquiera avisar a Anna y caminé hasta el lugar. Nunca antes fui a una exposición, nunca antes me había visto envuelto en una situación similar. Me encontré con un atrayente ambiente vanguardista del que sólo salí cuando vi un retrato que lo cambió todo: «James». Así se llamaba la obra. Era uno de los retratos que me enseñó más de una década antes, cuando brevemente retomamos nuestra relación.

Alguien me tocó el hombro y me encontré con su penetrante mirada, frente a mi.

«No esperaba verte tan pronto» rió. Quedamos en una cena aquella noche y mi mente viajó a otro planeta cuando desconecté. Me avergüenza pesar que, durante unas horas, me olvidé de Anna, del trabajo, y lo más importante, de ti, Emilie. Nos acostamos. Y no solo una. Nos acostamos muchas veces a partir de ahí. Salma se buscó un apartamento en la ciudad y dejó temporalmente las exposiciones para centrarse en lo que ambos teníamos. Y lo más triste es que fui feliz. Fui feliz todo el tiempo que compartí con ella.

Cada vez que estaba en casa y te veía hacer algún buen dibujo de los tuyos, te veía reír con los programas de la tele, o simplemente te veía dormir en tu camita, mi corazón y mi moral se caían más a pedazos. No lo soportaba. Vivía en una gran mentira. Vivíais una gran mentira. Siempre vivisteis una gran mentira. Me di cuenta de que un ángel como tú no merecía un padre como yo, que ponía sus intereses por encima de su ser máspreciado. Tan egoísta, tan irresponsable. Una noche, cuando Anna yacía dormida a mi lado, la contemplé durante largo rato. Ella estaba

tranquila y plácida durmiendo, sin saber del monstruo con el que compartía lecho. Me cansé de no ser capaz de coger el rumbo de mi vida. Me levanté, hice el menor ruido posible y recuerdo que aquella madrugada te levantaste a ir al baño y nos encontramos. Seguramente lo recuerdes porque fue la noche que me marché. Yo dije: «no pasa nada cariño, vuelve a la cama y hablaremos cuando te levantes mañana». Nunca lo cumplí. Nunca volví a aquella casa. Hice una maleta y me encontré con Salma al final de la calle. Tomamos un tren y nos marchamos juntos. Meses después, la carta de divorcio de tu madre llegó y un par de cosas tuyas con ella.

Me sentí tan miserable.

Papá.»

Capítulo 11

23 de noviembre de 2017

«Amada Emilie:

buenos días, de nuevo. Ya no queda historia. Ya no hay nada oculto.

Así llegamos a hoy en día. Un par de años después, cuando entraste en la adolescencia, decidiste que no querías volver a verme y solicitaste que tus datos no me fueran concedidos. Anna aceptó tu petición y no volvió a hablarme de cómo estabas, hasta que hace un año, se comunicó conmigo. Llamó, dijo solamente «James, Emilie está embarazada. Me lo ha dicho hoy. No mencionó nada sobre ti, así que asumo que no quiere que te enteres, pero no soy capaz de guardarte esto. Por todos los años que compartimos, James, dile algo. Por favor», y cortó.

Otra vez me sentí desubicado en un nuevo planeta, como cuando me enteré que iba a ser padre, pero esta vez más sólo, y más perdido. Si hago cuentas, el bebé habría nacido hace un par de meses. ¿Era por eso por lo que me respondías, hija?

Tu padre.»

Capítulo 12

02 de enero de 2018

«Querido papá:

¿te encuentras bien? siempre no haberme comunicado contigo en este tiempo. He recibido todas tus cartas. Las he leído todas, también. No comparto lo que hiciste, me sigue doliendo que ni siquiera te despidieras de mí. Pero, a la vez, te he echado tanto de menos todos estos años, que no sé si puedo seguir actuando como si no me importase.

La verdad es que no te he contestado porque no quería, no por el embarazo. Porque estaba demasiado enfadada, demasiado frustrada. ¿Soy egoísta? sí. Lo sé. Pero no me importó durante algún tiempo. He estado tiempo dándole vueltas a las cosas, y hay una idea que ronda mi cabeza desde hace un tiempo.

Cuando me quedé embarazada, tuve mucho miedo. Miedo de acabar igual que mamá, sola, criando una hija mientras su padre se irresponsabiliza y actúa como si esta no existiera. Estoy casada con un hombre que se llama Paul. Él es bueno y compartimos una relación desde hace ya mucho tiempo. Y también tenía a mamá. Pero, por alguna razón, sentía que algo me faltaba, similar a como me he venido sintiendo desde que te fuiste. Yo no te entiendo, pero he llegado a la conclusión de que te respeto, así que no quiero seguir haciendo mi vida alejada de ti, por muy fantasioso que eso suene. Estoy dispuesta a que nos demos la mano y solucionemos los problemas cara a cara, hablando. Compartiendo nuestros sentimientos. Ahora todo es por un bien mayor, el bien de mi hija: Marge. Quiero que la conozcas. Es tu nieta. No necesito que me avises, no necesito planear un gran reencuentro en el aeropuerto con un tierno abrazo padre-hija. Solo quiero que vengas un día de estos a casa y que sonrías a Marge como me sonreíste a mí el día que nací. Puedes traer a Salma, porque ella te hace feliz. Y eso es algo que aprecio.

Emilie.»

Capítulo 13

06 de enero de 2018

«Amada Emilie:

nada más leer tu carta, he escrito esta para que te llegue lo antes posible.

No sé si lo sabías, pero la enfermedad del padre de Salma era hereditaria, y ella también la contrajo. Yo... ella murió en 2010, víctima de un infarto. Era demasiado joven. Mi corazón se parte cuando la recuerdo, pero al menos sé que nuestros últimos años fueron buenos. Que ella no fue infeliz. Que no la hice infeliz, como a tantas otras personas.

Me llena de regocijo leer tus palabras, pero no sé si estoy preparado para todo esto.

No quiero herirte, mi niña. No quiero que me veas y se te llenen los ojitos de lágrimas porque sientes que no soportas estar en la misma sala que yo, no quiero que rehuyas de mi porque tienes miedo de que vuelva a herirte y, sobretodo, no quiero que sientas miedo o temor de que yo pueda herir de alguna forma a tu hija, mi ya también amada Marge.

Voy a tener tu carta como un precioso regalo, pero también como un recuerdo. Porque ya he hecho suficiente daño en esta vida. Antes de ti, sabes, antes de ti sólo pensaba en cómo encaminar mi vida para que fuera perfecta. Y he acabado en este agujero negro del que ya no puedo salir. Porque me lo merezco. No soy una buena persona. Si lo fuera, habría sabido distinguir entre ti y Salma. Entre un amor adolescente y un amor para toda la vida. Pero lo hice mal. Y me arrepiento tantísimo. Ya no puedo cambiarlo.

No quiero interponerme entre ti y la vida de tu hija. No quiero seguir siendo un estorbo. Pero quiero que sepas que si alguna vez a lo largo de tus días, sufres, y necesitas a alguien, yo voy a estar allí incondicionalmente para ti. Incluso si me desprecias, me insultas y privas a tu hija de mi nombre, yo siempre estaré allí para ti. Porque ahora lo sé.

Y, si alguna vez Marge pregunta por su abuelo, *hazme un favor, y dile que habéis sido mi todo. Que eres mi todo. Y ella también.*

Te quiere, papá. Ahora y siempre.

PD: feliz cumpleaños, Emilie.»